

tar» en otro lugar— sobre la cuestión del método:

1) Lo que de la modernidad filosófica cabría revisar es la tendencia a la universalización y a la absolutización de un *único método*; tendencia que se manifiesta en la consecución del *sistema*. En otras palabras: ningún planteamiento filosófico debería instituirse como un «super-punto-de-vista». Este proceder podría superarse en favor del reconocimiento de la riqueza, la complejidad, y la multidimensionalidad de la realidad y de la necesidad de adoptar *diversos* métodos para aproximarse a esta realidad; para captar, desde puntos de vista diversos, esferas parciales de sentido. No es necesario añadir que una cosa es la pluralidad de métodos y de discursos y otra distinta la diseminación.

2) Así, pues, compartiríamos de la postmodernidad la crítica a la absolutización de un método y a la totalización en un sistema. Pero, al mismo tiempo, veríamos en esta crítica una deficiencia: frente a la monolitización moderna, la alternativa que se plantea es la ametodología, la dispersión, la reflexión evanescente, el «pensamiento débil»... El rechazo postmoderno del «método» y de la «razón» moderna conduce a un «discurso débil», «de la sospecha», «escéptico» y, a menudo, meramente negativo. Es el único lugar al que lleva la sospecha indiscriminada respecto a la razón. La desconfianza en el método es desconfianza en la razón, y a la inversa. En fin, no nos sumáramos a la ofensiva, de procedencia postmoderna, contra la *racionalidad* filosófica y fundamentadora.

3) Más bien, nuestro criterio consiste en entender que la modernidad filosófica no puede ser rechazada global y radicalmente. Si así se hiciese, no existirían demasiadas posibilidades, sospechamos, para un discurso filosófico serio.

La herencia de la modernidad, que hemos de asumir desde nuestra voluntad filosófica, es la de la necesidad del método y de una reflexión metodológica. La dirección en que, a partir de esta herencia, es posible trabajar —y con ello se es crítico y superador de la modernidad— es la del *pluralismo metodológico*. Así, pues, un sí a la *racionalidad* abierta a una *pluralidad metodológica*, donde se reconozca la complejidad de lo real y los diversos métodos posibles de captación de sentido y de fundamentación de criterios. (De hecho, no son pocos los trabajos de los últimos años en los que se realiza una complementación —pero no confusión— de métodos como el fenomenológico, el hermenéutico, el analítico, etc.). *Se trata de mantener la racionalidad como fuente de sentido de la vida humana, pero abierta a la pluralidad.*

La razón totalizadora, que se plasma en sistemas de la totalidad, implica la disolución de la singularidad y de la pluralidad. Por el contrario, significativamente, el pluralismo metodológico puede dejar per-

sistir y reconocer la pluralidad y la riqueza de la singularidad. El reconocimiento de la pluralidad metodológica es a la vez el reconocimiento de la pluralidad y de la riqueza de la realidad; de su diversidad de perspectivas.

Una de las concreciones de este esquema general es la que se relaciona con la esfera de la ética o de la filosofía práctica. Aquí habría que expresar un no al vacío de fundamentación racional de la vida práctica del que adolece la postmodernidad, y un sí a la posibilidad de una orientación y de una fundamentación racional. Sí a la búsqueda de métodos (rationales) de construcción, reconstrucción y fundamentación de la ética. Sí a una ética capaz, inclusive, de normativizar ciertas esferas de lo político.

\* \* \*

Dudamos que sea exagerado decir que en este tema del método y la postmodernidad se decide el futuro mismo de la filosofía. Desde el momento en que ciertos planteamientos postmodernos se muestran reacios al tema de la racionalidad, al del conocimiento verdadero, y, en definitiva, al de la verdad, pierde su sentido la «filo-sofía» como esfuerzo por el saber, por el conocimiento de lo que en verdad es.

La idea de método ha sido un presupuesto constante y una condición de posibilidad del trabajo filosófico. La ironía socrático-platónica, por ejemplo, consiste principalmente en ir desenmascarando los rostros de la apariencia de saber, las posesiones del saber por parte de los pretendidos «sabios». La ironía desenmascara y, a la vez, pone entre paréntesis (en este sentido es una *epojé*) los contenidos en general. Sin embargo, este proceder está esencialmente unido a la finalidad que el término «filosofía» indica: la ironía está al servicio del esfuerzo por alcanzar, en la medida de lo posible, el saber y la verdad. *La ironía socrático-platónica supone un estadio preliminar a la determinación del camino o de la vía («methodos») adecuados para alcanzar el verdadero conocimiento.* Por el contrario, la *ironía postmoderna* no suele ser más que ironía.

Abandonar la cuestión del método es desentenderse de la preocupación por cual sea el camino adecuado, y, de hecho, esta preocupación no surge allí donde no hay ninguna parte a la que llegar, allí donde no hay ningún horizonte que vislumbrar, allí donde de lo que se trata es de transitar sin rumbo en una ironía falsificada en escepticismo. Así marcharían aquellos que describe Parménides en el Fr. 6 (vv. 5-9) de su célebre poema.

Continuando esta reflexión sobre el método, podría hacerse una última puntualización, de acuerdo con la idea que ya se ha expresado

anteriormente. La ruta hacia el saber, hacia el descubrimiento de la realidad, no es rectilínea. Por otra parte, el saber y el sentido tampoco son algo que se obtenga solamente al final del trayecto, sino que en el mismo trayecto se obtiene ya parte del sentido. Y, además, son diversos los caminos transitables. Probablemente, *el progresivo acceso al sentido de la realidad sólo podrá lograrse conjugando las diversas perspectivas que se vayan obteniendo en los diversos caminos.*

Por su notable poder esclarecedor, no estará de más recordar, aun siendo bien conocida, la procedencia etimológica del término «método». La palabra griega *odos* significa: [1] vía, ruta, camino, como *lugar por donde*; [2] puede significar, también, ruta, marcha, viaje, como *acción de ir de un sitio a otro*; [3] y, finalmente, puede significar vía o medio, como *manera de ir de un sitio a otro o de hacer algo*. O sea: *Lugar por donde, acción y manera.*

Por lo tanto, podríamos afirmar que existe método: [a] si se piensa que existen lugares diferentes y caminos que van de unos lugares a otros (de la ignorancia al saber, de la opinión al conocimiento...). Lo contrario sería pensar que se está siempre en lo mismo, que no existen polos cualitativamente distintos, sino un errar en el laberíntico retorno de lo mismo; [b] si se piensa que existen sujetos capaces de actividad, capaces de transitar de un lugar a otro, capaces, en particular, de alcanzar un sentido, un conocimiento verdadero; [c] si se piensa que hay la posibilidad de emprender diversos caminos o, más aún, que un mismo camino puede emprenderse de diversas maneras.

Si el desmoronamiento de la modernidad ha de significar una renuncia al saber, entonces en nuestra situación la filosofía está llamada a ser un foco de resistencia frente a tal abandono: las pretensiones de universalidad del discurso filosófico no pueden entenderse como algo ilusorio o ilegítimo. Según advirtió ya Husserl, el peligro está en cansarse de buscar. *Rendirse al cansancio, abandonar el esfuerzo de continuar los caminos hacia el saber*, sería, en definitiva, abandonar lo que nos constituye como lo que somos: caminantes en rutas hacia un horizonte; sería abandonar la filo-sofía.

## CRÍTICA DE LLIBRES

## RAZON DE LA FILOSOFIA

JULIÁN MARÍAS: *Razón de la filosofía*. Madrid: Alianza Ed., 1993, 294 págs.

*La Historia de la filosofía* de Marías concluye, como es sabido, con un *epílogo* de Ortega, del cual quiero extraer sus palabras iniciales: «*Y ahora ¿qué más?*». De la redacción de tan excepcionales documentos acá ha transcurrido medio siglo. Como es lógico, el contexto ha variado sustantivamente; tanto Ortega como Marías pretenden, *entonces*, cada uno a su modo, dar razón del pasado filosófico desde la altura (su altura) de los tiempos. Marías, *ahora*, parte del pasado, no de todo él, sino del que importa, antes que ninguna otra cosa, reabsorber su sustancia concreta, su *maximum* filosófico, porque sabe que es ineludible prolegómeno... *zu einer jeden künftigen Metaphysik*.

Las razones ya están dadas, y esto es fundamental. Hay que *partir* del pasado histórico, no *dirigirse* hacia él. Esta segunda opción, que culmina en convertir el pasado en presente es, por definición, *arcaísmo*. Para entender este fenómeno hay que advertir que *arcaísmo* no es *antigüedad*, ni es tampoco *primitivismo*, sino algo más grave. *Arcaico*, ya lo advirtió Marías hace exactamente veinte años, es el hombre *de nuestro tiempo*, que vive en formas *de otro tiempo*, es decir, otro que el *suyo*.

*La ciencia buscada* (zetouméne epistéme) (por lo tanto, esencialmente instalada en el porvenir al que hay que tender desde el presente), es el nombre que da a la metafísica Aristóteles. Pero todo presente se sustenta, *velis nolis*, en un pasado del que hay que dar *cuenta y razón*. «Sólo pensando *lo* ya pensado se está en el camino de lo por pensar», afirma Heidegger en *Identidad y Diferencia*. Radicalmente, esta tarea compete en modo exclusivo a la filosofía. Una vez *reabsorbida* y puesta en ejecución esta exigencia de radicalidad, la duda acerca de la cual pueda ser la filosofía verdadera y válida carecería en el fondo de importancia, porque siempre le ha pertenecido ser *la ciencia buscada*. Lo grave es que no se la busque. Esta afirmación comporta múltiples implicaciones. La exigencia de radicalidad implica nada menos que su perpetua puesta en cuestión. Pero entiéndase bien, no es que haya de ponerse en duda la exigencia de radicalidad como tal (lo que equivaldría a negar su posibilidad), sino que *aquello* de lo que se tenga que partir *forzosamente* no provenga de una mera *asunción* (Annahme), sino de un *juicio* (Urteil) (como los distingue Meinong en su libro *Ueber Annahmen* de 1902, en el sentido de que ambos pueden realizar afirmaciones o negaciones, faltándole, sin embargo, a la asunción aquel género de eficacia última,

de ejecutividad, de sentencia, en suma, que el juicio posee.

Esto es esencial porque, según Marías, «la evidencia filosófica tiene que ser en todo momento *actual*, es decir, ha de renovarse sin que sea posible descansar en una evidencia pretérita».

Las consecuencias que esto último plantea pueden ser gravísimas, en el sentido de que el enunciado de Hegel, por ejemplo: «todo lo real es racional y todo lo racional es real», dicho desde *su* radicalidad enunciativa, puede ser rigurosamente verdad, mientras que dicho por mí, desde una instalación no auténtica o falsa, aunque sea *lo mismo*, puede ser radicalmente *falso*; falso, no el enunciado en sí, sino *falso el que yo lo diga* (se trata, pues, de un modo de falsedad no *sub specie logicae* sino *sub specie vitae*: doy a entender que entiendo *lo* que no entiendo; respecto al peligro que supone reducir la filosofía —*alétheia*— a *tesis* puede leerse el ensayo de Ortega, *Fraseología y sinceridad*).

Eludir esta tentación, que acecha al hombre, de falsificar su propia vida, es tarea nada fácil; el hombre está siempre tentado de cambiar su punto de vista personal por otro ajeno al suyo que le cobija y reconforta, *pero que le hace ser menos de lo que es*. En filosofía esto se traduce, afirma Marías, en *quedarse* en las respuestas a las preguntas que el hombre, no desde que es hombre sino desde que se ha dedicado a filosofar, se ha hecho. Y como las respuestas que se han venido ensayando poseen la fisonomía que la historia nos muestra: algunas de ellas antitéticas entre sí, otras que ni tan siquiera lo han sido, etc., el pretender *quedarse ahí* ha provocado una desconfianza, acompañada de un desconocimiento *real, gradual y progresivo*, de lo que es y ha sido siempre la filosofía, de lo que ha permitido su vigencia, a saber, *ser siempre asunto personal*.

Esto es lo que Heidegger, y no puede ser de otra manera, advierte, «sólo pensando *lo* ya pensado...», y en lo que Marías insiste en este libro: «*que no es otra cosa que dibujar los rasgos generales de lo que podrá ser la filosofía en el siglo que va a empezar si se atreve a enfrentarse con las cuestiones a las que el hombre no puede renunciar, sin estar seguro de que tengan respuestas, porque precisamente en eso consiste la filosofía*».

JAVIER MASA

## FINURA Y RIGOR

El papel de la matemática en el desarrollo de la ciencia. SALOMON BOCHNER. Traducción de Mariano Martínez Pérez. Alianza, Madrid, 1991, 348 páginas.

Sin la ayuda de figuras geométricas es humanamente imposible entender nada en el libro de la Naturaleza, afirmaba Galileo; es como

girar en vano por un oscuro laberinto. Del mismo modo, sin contar con la visión histórica no puede captarse tampoco la realidad humana ni el estado de desarrollo de las ciencias.

A partir del siglo XVII la tarea que de antiguo era designada bajo el nombre de ciencia pasó a ser radicalmente *nueva*, y gracias a la conquista de métodos fecundos que incluían la matematización de la naturaleza adquirió un carácter de *comunicante universalidad*. En aquel tiempo y en la incipiente polémica sobre antiguos y modernos, el *moderno* Francis Bacon propugnaba comparar con los antiguos sólo los métodos pero no la inteligencia ni el talento. Había tenido hasta entonces una física griega, una medicina árabe, una matemática china y otra babilónica pero no una ciencia universal que trascendiera fronteras, aunque fuera con la sombra de la caducidad. Hubo que esperar al siglo XX para que la propaganda artera de grupos organizados distinguiera artificiosamente entre física *alemana* y física *judía*, o bien entre biología *burguesa* y biología *proletaria*.

El significado original de la palabra *matemáticas* es *conocimientos* y alrededor de ellas se organizó el asalto racional a la naturaleza. En este libro de artículos y conferencias (compuesto hace más de veinte años y ahora recién traducido al español), Salomon Bochner se refiere a los científicos de nuestra época calificándolos de «magos», y la raíz de su magia, nos dice, reside en las matemáticas. Actualmente se suele convenir en que la matematización de una ciencia (o de un conjunto de saberes) constituye para ésta su última etapa antes de consolidarse. Ante tal panorama, Bochner augura que en general habrá cada vez menos descubrimientos «espectaculares y maravillosos al viejo estilo».

En este volumen acerca de la matemática (unas veces en singular, otras en plural) Bochner bucea con familiaridad en los lejanos mares de la filosofía griega y se pregunta con empeño por qué aquella constelación de sabios no atinó a introducir avances decisivos como los sistemas de coordenadas, por ejemplo, cuando tan cerca estuvieron de lograrlo. Analiza asimismo con detalle lo que llama *periodicidades ocultas* entre la física y la matemática.

Nadie debería ignorar el anhelo que la Humanidad ha sentido durante siglos por alcanzar la mayoría de edad, ni el lento, discontinuo, tenaz y penoso esfuerzo por encontrar una lengua mental común a todos los pueblos. Este proceso de simbolización no lo supo encabezar la poesía; la matemática resultó ser, en cambio, más eficaz y configuró una ciencia *prosaica*.

En el siglo de las Luces, Vico sostuvo que la sublime misión de los poetas en la *infancia del mundo* fue dar pasión y sensibilidad a lo insensible (quizá ahora cabría decir que en nuestro tiempo les correspondería paliar la ola de símbolos matemáticos que nos inunda y satura). Más de cien años después, Nietzsche declaraba que si se pretendía establecer

*firmente* nuestra relación humana con las cosas, convenía que las ciencias practicasen hasta donde les fuera posible la *finura* y el *rigor* propios de la matemática. No estaría de más reflexionar sobre ambas afirmaciones.

MIGUEL ESCUDERO

## ENCICLICA LAICA

La primera revolución mundial. ALEXANDER RING y BERTRAND SCHNEIDER.  
Plaza & Janés Ed., Barcelona, 1991, 251 págs.

El prestigioso Club de Roma se constituyó en el revolucionario año de 1968 con el fin de analizar las perspectivas de futuro que se abrían a la humanidad y reflexionar sobre ellas. Desde entonces sus miembros han publicado una larga serie de Informes al Club, algunos de los cuales han abierto intensos debates públicos. Este nuevo trabajo ha sido presentado el año de la desaparición de la URSS y de la guerra del Golfo. Y en él se propone un enfoque *simultáneo* para tres problemas considerados insoslayables en esta hora del mundo: la reconversión de una economía militar a una economía civil, el calentamiento de la Tierra y el empleo de energía *limpia* y, finalmente, la pobreza y las zonas de subdesarrollo. Aun incompleta geográficamente la revolución industrial, va consolidándose en nuestro Planeta una sociedad de información que está gestando lo que estos autores titulan *primera revolución mundial*. La presión de los hechos, afirman, es tal que o cambiamos de actitud o *desapareceremos*.

Se trata de lograr para todos capacidad de influir en los acontecimientos y sabiduría para superar la trampa de la codicia y del crecimiento irreflexivo. Y ese empeño requiere el cultivo de la inteligencia y de la sensibilidad, por eso resulta desastroso el fomento de una ciudadanía *incompetente* y despersonalizada, vulnerable en extremo a la manipulación de leyes e informaciones.

Desde una orientación liberal puede afirmarse, asimismo, que las «fuerzas del mercado» (tanto nacional como internacional) deben de tener algunos límites que impidan una «vuelta a la selva» donde se menosprecien las necesidades sociales y se eche a perder impunemente el medio ambiente con sus recursos esenciales. Los derechos no se sostienen sin responsabilidades, y la ley del más fuerte y del «todo vale» no es aceptable. Los hábitos del diálogo y del respeto y la voluntad de consenso más que gestos humanitarios y condescendientes son necesidades ineludibles para *tener futuro*.

Por su propio interés a los países industrializados les conviene cooperar en el desarrollo del heterogéneo y mal llamado Tercer Mundo.

Y a estos países pobres les corresponde innovar y planear un desarrollo realista, sin imitaciones serviles. Para ello es fundamental generalizar y perfeccionar la educación y construir sólidas aunque modestas infraestructuras científicas autóctonas.

El afán miedoso y vanidoso de mostrarse distantes y distintos de *los otros* provoca siempre malestar. King y Schneider observan que «con demasiada facilidad» los nacionalismos son fuente de conflictos y caldo de cultivo de la intolerancia. Asimismo una anquilosada noción de soberanía puede llevar a que esta sea ineficaz, o que incluso no llegue a poder ser utilizada.

Los autores se muestran partidarios de retrasar la edad de jubilación obligatoria con el fin de no malversar talentos. También creen necesario que se imponga control a la natalidad en los países no desarrollados (en los otros no hace falta), pero habría que indicar que la alta densidad demográfica de tales países es consecuencia más que causa de su subdesarrollo.

MIGUEL ESCUDERO